



JAVIER SAHUQUILLO

National Modern Gallery



Esta pieza se estrenó en la Sala Ultramar de Valencia, dentro del ciclo Breves en Ultramar, por la compañía valenciana Perros Daneses. El policía lo interpretó Guillermo Zavala y el personaje del político lo interpretó Laura Sanchis.

PERSONAJES

POLICÍA: miembro del Cuerpo Nacional de POLICÍA, joven.

POLÍTICO: concejal de Cultura, consejero de Cultura, diputado provincial de Cultura o ministro de Cultura, a gusto del consumidor, edad en torno a los cincuenta años.

Inauguración de una exposición de arte moderno. Un POLICÍA nacional pasea de izquierda a derecha y de derecha a izquierda frente a un enorme mural blanco con tres rayas rojas. Se escucha un discurso POLÍTICO y aplausos de tanto en tanto.

POLICÍA.— Xibeca, Mahou, Damm, Alhambra, San Miguel... no, San Miguel no, que es filipina. Xibeca, Mahou, Damm, Alhambra, San Miguel... no, San Miguel no, que es filipina.

Se escucha un aplauso atronador que interrumpe al POLICÍA, mira hacia el lugar del aplauso y vuelve a su letanía. Entra el POLÍTICO con una copa de champagne y realizando gestos de falsa modestia hacia la extrascena.

POLICÍA.— Xibeca, Mahou, Damm, Alhambra, San Miguel... no, San Miguel no, que es filipina.

POLÍTICO.— ¿Cómo?

POLICÍA.— Rezo.

POLÍTICO.— ¿El rosario?

POLICÍA.— Una letanía alcohólica: Xibeca, Mahou, Damm, Alhambra, San Miguel... no, San Miguel no, que es filipina. Tipos de cerveza, en definitiva.

POLÍTICO.— Ya.

POLICÍA.— ¿No fue monaguillo?

POLÍTICO.— No.

POLICÍA.— ¿Ni en la escuela?

POLÍTICO.— Fui a un colegio público.

POLICÍA.— ¿Y ha llegado a diputado?

POLÍTICO.— Sí.

POLICÍA.— Vaya, vaya...

POLÍTICO.— ¿Qué ocurre?

POLICÍA.— Colegio público y diputado, vaya, vaya...

POLÍTICO.— Cosas más raras se han visto.

POLICÍA.— Ninguna que yo recuerde.

Silencio

POLÍTICO.— Las caras de Bélmez.

POLICÍA.— A mí me parecen bastante reales.

POLÍTICO.— El desastre de Annual.

POLICÍA.— El desierto no nos sienta bien.

POLÍTICO.— El 12 a 1 a Malta.

POLICÍA.— El fútbol es así.

POLÍTICO.— Usted gana.

POLICÍA.— ¿Estábamos jugando?

El POLÍTICO suspira quedamente, extrae de su bolsillo un purito y se lo pone en la boca.

POLICÍA.— Está prohibido fumar.

POLÍTICO.— Quién me mandaría votar a mí esa disposición no de ley, eso es inmolarse y lo demás son tonterías.

POLICÍA.— ¿Inmolarse?

POLÍTICO.— Sí, rociarse de gasolina y prenderse fuego como medio de protesta.

Silencio. El POLÍTICO mira al POLICÍA de arriba a abajo.

POLÍTICO.— Usted sería bueno inmolándose.

POLICÍA.— ¿Yo?

POLÍTICO.— Sí, no se ruborice, sería usted un inmolado impresionante.

POLICÍA.— ¿De veras lo cree?

POLÍTICO.— ¿Nunca se lo habrían dicho?

POLICÍA.— La verdad es que no.

POLÍTICO.— No puedo creérmelo.

POLICÍA.— No habla en serio.

POLÍTICO.— Hágame caso, usted sería un kamikaze epopéyico, sólo tiene que encontrar la causa adecuada y justa, su cruzada particular y llevarla a término.

POLICÍA.— La verdad, que ahora, así, en este lugar, entre cuadros sin marco y abrigos de pieles, no se me ocurre ninguna.

Silencio. El POLÍTICO se acaba su copa, hace un gesto y un camarero le acerca otra.

POLICÍA.— Es mi primera vez.

POLÍTICO.— Enhorabuena.

POLICÍA.— En entrar a un museo de arte moderno.

POLÍTICO.— (*Levanta la copa como si brindara.*) Enhorabuena.

POLICÍA.— ¿Realmente se alegra?

POLÍTICO.— No.

POLICÍA.— ¿Por qué me felicita si no lo siente?

POLÍTICO.— Soy POLÍTICO.

Silencio. El POLÍTICO saluda a alguien que pasa y bebe de su copa de champagne.

POLICÍA.— No le veo sentido.

POLÍTICO.— ¿A esa escultura fabricada con restos de ovejas muertas fruto de la artrosis trashumante o a que toda ciudad para ocultar su provincianismo tenga que construir un museo de arte moderno?

POLICÍA.— Me refería a su necesidad de mentir. No tiene por qué tratar de agradarme, cumpliré con mi oficio igualmente; si, por ejemplo, ahora mismo, a ese hombre estrábico que tenemos enfrente, se le ocurriera sacar una mágnum 44, que llevaría disimulada en su oronda panza, y disparara, yo me interpondría entre esa bala del calibre 44, capaz de atravesar una chapa metálica de un grosor no superior a 5mm, y su cuerpo, poniendo mi pecho como parapeto para salvar la dignidad nacional.

POLÍTICO.— Dignidad... *(Bebe.)*

POLICÍA.— No permitiría que le ocurriera nada a nuestros ilustres gobernantes, a los capitanes de la embarcación del Estado.

POLÍTICO.— Estado... *(Bebe.)*

POLICÍA.— Siempre les he envidiado a ustedes, con sus trajes, sus corbatas, sus relojes, y lo más importante, su transfiguración en representantes populares, la encarnación de la nación soberana.

POLÍTICO.— Soberana... *(Bebe.)*

POLICÍA.— Subir todos los días las escaleras del Congreso, nuestro órgano de representación máxima, qué envidia... poder poner mi dos de oros, mis posaderas, mis apretadas nalgas, mi policial trasero en esa bancada modernista fabricada con la madera nacional, lustrada con barnices estatales, dilatada por el calor que nuestro gas proporciona al pasar por las calderas del país. *(Suspira.)* Quién pudiera ser usted, sinceramente.

POLÍTICO.— ¿Realmente cree lo que acaba de decir? *(Hurta una nueva copa que engulle de un solo trago.)*

POLICÍA.— De los pies a la cabeza o ¿era de la cabeza a los pies? No, de los pies a la cabeza, sí, lo empecé a aprender por los pies y lo he terminado asumiendo desde la cabeza.

POLÍTICO.— Entonces soy yo quien le envidia.

POLICÍA.— ¿Usted a mí?, ¿usted que puede, a diario, gozar de la incomodidad de la madera medieval?

POLÍTICO.— Mire a su alrededor, ¿lo ve?, ¿lo palpa? Respire (*Pausa.*) más fuerte, no tenga miedo, respire con toda su capacidad pulmonar, tome aire, permita que la ponzoña que vierte en el aire esta catedral de la cultura acaricie sus alvéolos. (*El Policía olfatea.*) ¿No se da cuenta?, ¿no lo percibe? Cierre los ojos, ¡respire! Nada, está demasiado apagado, demasiado obtuso para aprehender lo que esta ciénaga de artistas europeos nos trasmite. Probemos de nuevo, una última vez, a la tercera va la vencida. (*Se coloca tras el Policía, pone una mano en su tórax.*) Inspire, respire, inspire, respire, ¡con fuerza!, tome aire, ojos cerrados, inspire, respire, tome aire contando hasta ocho. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, ocho, ¡ocho!, expulse el aire, escupa una bocanada de aire liberador, sea usted el Simón Bolívar de sus pulmones y dígame ahora que no se da cuenta. (*Se miran, silencio.*) ¿Pero no lo ve? Aquí, en este museo, en este contenedor de basura liberal, las paredes están manchadas de decadencia pequeñoburguesa. ¿Y usted aún cree en la nación?, qué chiste, qué broma macabra me juega el destino al colocar tras mi espalda al último patriota.

Silencio, el POLÍTICO solicita más bebida, se la traen.

POLICÍA.— ¿Me da un poco de cava?

POLÍTICO.— Champagne.

POLICÍA.— Entonces no, yo sólo bebo producto nacional, chinchón, orujo, jerez, mistela y cerveza, sobre todo cerveza, Xibeca, Mahou, Damm, Alhambra, San Miguel... no, San Miguel no, que es filipina.

POLÍTICO.— Las hilanderas me vuelven a poner a prueba.

POLICÍA.— ¿No le parece que las cervezas extranjeras, sobre todo, las argentinas, están aguadas?

POLÍTICO.— En este lugar de miseria...

POLICÍA.— Como poco fermentadas...

POLÍTICO.— Entre caviar iraní y champagne francés...

POLICÍA.— Y si además te las sirven calientes...

POLÍTICO.— Este recinto de paredes tan blanco calavera...

POLICÍA.— Porque una Xibeca caliente, tira que te va, incluso una Mahou...

POLÍTICO.— Que parece que en cualquier esquina te vas a cruzar con la parca que alza su guadaña sobre tu cabeza para...

POLICÍA.— Damm.

POLÍTICO.— Segarte.

POLICÍA.— Cruzcampo.

POLÍTICO.— Cercenarte.

POLICÍA.— Estrella.

POLÍTICO.— Mutilarte.

POLICÍA.— Alhambra.

POLÍTICO.— Troncharte.

POLICÍA.— San Miguel.

POLÍTICO.— Desmocharte.

POLICÍA.— No, San Miguel no que es filipina.

POLÍTICO.— ¡Basta ya! Detenga esa febril enumeración de licores bárbaros y responda a esta pregunta, ¿qué se esconde tras su ebriedad nacional, tras su pueril alcoholismo de birra y panchitos, de fútbol dominguero y siestas perdieras? ¡Dígamelo!, responda a su superior, a su representante injustamente electo, al tránsfuga de sus sueños, al acreedor de su futuro, al cónsul de sus desgracias.

POLICÍA.— ¡Hoy el espacio muestra todo su esplendor! Sin freno, sin espuelas, sin bridas. ¡Partamos, cabalgando sobre el vino hacia un cielo mágico y divino! Cual dos ángeles a los cuales tortura una implacable calentura, en el azul diáfano de la mañana ¡sigamos hacia el espejismo lejano! Muellemente mecidos sobre las alas del torbellino inteligente, en un delirio paralelo, ¡Hermano mío, uno al lado del otro, navegando, huiremos sin reposo ni treguas hacia el paraíso de mis sueños!

POLÍTICO.— Pero de qué diablos me está hablando.

POLICÍA.— Baudelaire. (*Silencio.*) Ella me lo recitaba al oído, me lo susurraba todas las noches, entre copas de *chateau le blanc*, antes de hacer el amor sobre un mantel a cuadros blancos y rojos en aquel parque sobre la isla con vistas a una noria que nunca funcionó. Allí, entre álamos y cipreses mis manos se posaron en su cuello, suaves al principio, fuertemente después hasta que me regaló su último aliento, la finitud de su belleza, allí estaba, entregada a mí, entre versos franceses aderezados con vino bretón, uva syrah, o garnacha, qué más da, blanco verdoso, refresco de gaznate, la última copa, aquí, allí, que más da, lo importante es la huida hacia delante, la única forma de escapar a la decepción. La decepción del amor, la decepción de envejecer, la decepción de la virtud

cuando se vuelve costumbre, la decepción que una nación jamás te proporcionará.

Silencio.

POLÍTICO.— (*Señala el mural.*) ¿Qué ves ahí?

POLICÍA.— Tres rayas rojas.

POLÍTICO.— Arde Roma y Nerón toca el arpa.

POLICÍA.— Pero sólo hay tres rayas rojas.

POLÍTICO.— Pero el autor ha querido expresar la belleza de una Roma imperial atravesada por el fuego.

POLICÍA.— Pero sólo ha pintado tres rayas rojas, tres lamentables rayas rojas sobre blanco.

POLÍTICO.— Al fin comienzas a oler lo que exuda este cementerio de la razón. ¿Que sientes?

POLICÍA.— Decepción.

POLÍTICO.— ¿Y a que te conduce ese sentimiento?

POLICÍA.— Hacia la ira.

POLÍTICO.— Eso es, fíjate en toda esta gente que nos rodea, que viste visones y calza cocodrilos, que adora obras de arte de precio adulterado y bromean tras máscaras de risas que esconden rostros descompuestos por el silencio. ¿Y todo para qué? Para llevarse a casa este cuadro blanco con tres rayas rojas que simboliza la belleza de una Roma imperial atravesada por el fuego. ¿Qué significa esto si no es que vivimos insertos en la más asfixiante de las mediocridades liberales?

POLICÍA.— ¡Por los padres de la patria!

POLÍTICO.— Abandona a tus fundadores, deja de lado tus preceptos, las loas a un país que lo único que te aporta es la mediocridad adscrita al eslogan de que todo pasado siempre fue mejor, rompe las cadenas que te atan a los trapos dibujados con diferentes colores, absurdos, baratos, bicolores, tricolores, multicolores, rayadas, estrelladas, azules o blancas... sólo son sábanas que ondean movidas por un viento que conduce a ningún lugar. Y ahora mira ese cuadro, Arde Roma y Nerón toca el arpa. ¿Qué quieres?

POLICÍA.— Quemar.

POLÍTICO.— ¿Qué necesitas?

POLICÍA.— Gasolina.

POLÍTICO.— ¡Adelante! Se ha roto el último sello, que comience el exterminio de la raza humana y su decadencia, sólo tú puedes hacerlo.

POLICÍA.— No le decepcionaré.

POLÍTICO.— Eso quería oír.

POLICÍA.— Arderá París.

POLÍTICO.— Roma.

POLICÍA.— ¿Cómo?

POLÍTICO.— París no arde, es Roma.

POLICÍA.— Capitales europeas al fin y al cabo. Arde París, arde.

El POLICÍA sale de escena en busca de la gasolinera más cercana. El POLÍTICO coge un canapé de caviar, lo degusta, bebe su último sorbo de champagne, carraspea.

POLÍTICO.— Mi coche, por favor.

OSCURO.

